

## NOTAS SOBRE LA ACTUALIDAD MUNDIAL

### LAS CONVERSACIONES DE HELSINKI

Entre las razones señaladas para que los Estados Unidos y la U. R. S. S. celebren en Helsinki conversaciones preliminares sobre la limitación de las armas atómicas estratégicas, se ha destacado el fabuloso coste de los nuevos programas nucleares. Es tal, que afectaría a las economías de los dos países. Sin descartar totalmente esta razón, se impone que la reanudación de la carrera armamentista es tanto más insensata cuanto que el nivel actual supone ya una capacidad destructiva susceptible de provocar el mutuo exterminio y, de paso, el de gran parte del Globo. De esta certeza se deriva la disuasión, principal factor de la estrategia mundial desde hace unos quince años. Ciertamente, la disuasión no ha desterrado todas las guerras de la faz de la tierra, pero las limita a áreas muy concretas. De surgir el peligro de que se extiendan, todo es desvivirse y cabildear en busca de soluciones, como sucede singularmente en el conflicto árabe-israelí. Por tanto, debido a la existencia de sólo dos centros de decisión nuclear, que son conscientes de su impotencia por exceso de potencia, se ha logrado la estabilidad. El hecho de que Gran Bretaña y Francia sean países atómicos no modifica de modo sustancial el esquema de la bipolaridad atómica generadora de la disuasión y la estabilidad, dado que su capacidad nuclear es relativa y fundamentalmente defensiva. Además, ambos países son aliados de un país con poder nuclear fuerte: los Estados Unidos.

Es la salida de China Popular a la palestra la que altera todos los supuestos de la estrategia mundial, porque China no es aliada de ninguna potencia atómica y se opone por igual a la U. R. S. S. y a los Estados Unidos. Aunque su capacidad nuclear sea todavía débil, ya está en condiciones de causar a su vecina soviética destrucciones insoportables, singularmente en sus áreas asiáticas. Indudablemente, la U. R. S. S. podría infligir a China destrucciones aún más insoportables; pero de producirse semejante enfrentamiento, sería el tercero del gran triángulo de la política internacional, o sea, los Estados Unidos, el que resultaría ser el verdadero vencedor, como lo sería la U. R. S. S. en la hipótesis de un conflicto chino-norteamericano, o China en caso de guerra soviético-norteamericana.

En evitación de que puedan ser realidad alguna de estas hipótesis, se precisa una reconsideración de la estrategia mundial, habida cuenta de que un tercero rompe el anterior equilibrio bipolar atómico-político. Por tanto, puede decirse que a la presión ejercida por China sobre la U. R. S. S. se debe el que actualmente se vislumbre la posibilidad de una solución pacífica de los pro-

blemas de la Europa central, obstáculo contra el que se estrella todo proyecto de unidad europea. No es casual que, paralelamente a las negociaciones para celebrar la Conferencia de Helsinki, los dirigentes soviéticos y sus aliados se hayan esforzado por poner en marcha un vasto plan de liquidación de los problemas pendientes en Europa que, de resolverse, y aparte de la seguridad, darán pie para el establecimiento de un nuevo equilibrio mundial basado en la multiplicidad y no ya sólo en la bipolaridad. Ello implica la creación de una Europa coherente y personalizada. Esta meta, más o menos lejana, se persigue ya indirectamente en Helsinki, junto con la más inmediata de la limitación de los armamentos estratégicos y de un acercamiento soviético-norteamericano que, sin ser una alianza, ni mucho menos, podría originar el mantenimiento de la disuasión con otra fórmula que la rigurosamente bilateral.

#### LA EUROPA CENTRAL ANTE LA CONFERENCIA DE VIENA

Un año que termina no da carpetazo a las cuestiones sin resolver para que el año venidero eche a andar sin rémoras. De ahí que los diversos problemas que ha abordado la intensa actividad internacional de los últimos meses de 1969 aparezcan inalterables en el horizonte de 1970. Tal sucede en particular con las conversaciones sobre la limitación de armas estratégicas, que se iniciarán en Viena el 16 de abril. Aunque interesan en primer término a los dos supergrandes, cuyas economías amenazan con jadear de reanudarse la delirante carrera de los armamentos, el resultado afecta a todos los países del Globo, actualmente amparados por la disuasión que se origina en un equilibrio del terror a un nivel todavía susceptible de control. No suscita un optimismo sin reservas el éxito modesto de la Conferencia preliminar de Helsinki, que, al cabo de cinco semanas, sólo ha establecido la nomenclatura que servirá de base a las verdaderas negociaciones. Será entonces cuando se harán patentes las divergencias en las preocupaciones estratégicas de la U. R. S. S. y de los Estados Unidos, de otra parte desigualmente amenazados, por lo menos de momento, por el intenso esfuerzo de China en el ámbito atómico. De consiguiente, largo y sembrado de baches se presenta el camino para lograr un nuevo equilibrio nuclear basado en tres centros de decisión, cuando el representante de uno de ellos estará ausente de Viena.

En cuanto al programa global de apertura al Este del canciller Brandt, su aplicación, al parecer, será fragmentaria, o sea, mediante la fórmula de acuerdos bilaterales que pueden dejar algún que otro cabo suelto. Cierto, la coyuntura es favorable para que los países socialistas desarrollen sus relaciones comerciales con la República Federal, obtengan créditos y consoliden el *statu quo*, extremos éstos que interesan singularmente a la U. R. S. S., Hungría, Polonia y Checoslovaquia. Pero la iniciativa de Pankow, de propuesta de un pacto entre las dos Alemanias en igualdad de derechos, dista demasiado de las intenciones de Bonn de renunciar a la doctrina Hallstein y a la reunificación para que se vislumbre un acuerdo a corto plazo. Es más, el paso dado por la República Democrática sugiere una maniobra destinada a entorpecer la definitiva solución del problema centroeuropeo y a justificar el observado aumento de los presupuestos militares de los países del Pacto de Varsovia para 1970. Ello

limita la política germana de apertura a una fórmula de estricta coexistencia con el Este, junto con unos acuerdos económicos ventajosos para el área socialista, lo cual no equivale a haberse resuelto un problema.

Con estos hechos habrá de contar la O. T. A. N. para adoptar una decisión en cuanto a la propuesta Conferencia de seguridad europea que la presión de China pudo sugerir a la U. R. S. S. para asegurar sus espaldas en caso de conflicto con su vecina. Pero cabe dudar que la U. R. S. S. persiga una unidad europea tal que haya de respetar las soberanías y renunciar al empleo de la fuerza en su ámbito de influencia. De suerte que ya es problema el mero aceptar o negarse a la celebración de una Conferencia que puede presumirse tenga gato encerrado.

### FRANCIA, ISRAEL Y EL «AFFAIRE» DE LAS CAÑONERAS

Oficialmente, el Gobierno francés ha puesto término al asunto de las cinco cañoneras que, por arte de birlibirloque, estaban en condiciones de hacerse a la mar en la madrugada del pasado 25 de diciembre. Rebasada la candente actualidad de la noticia y el leve impacto causado por la sanción impuesta a los generales Cazalle y Bonte, queda incambiado un contexto merced al cual se ha burlado el embargo del armamento destinado a Israel, decretado por el general De Gaulle en enero de 1969, a raíz del bombardeo del aeropuerto de Beirut por los israelíes.

Si con frecuencia el «país legal» está disociado del «país real», en Francia surge un tercer componente frente al conflicto del Oriente Medio: el «país gubernamental». En efecto, fiel a la política del general De Gaulle, el actual Gobierno y determinados grupos económicos, más o menos interesados en el petróleo, juegan la carta árabe. El resto del país, tanto el representado por parte de la Administración como la mayoría de la opinión pública, está al lado de Israel. El símil de David luchando contra el Goliat árabe, ha prendido en la imaginación gala. Además, el pueblo francés está sumamente politizado y sus diversos partidos políticos, antagónicos entre sí, coinciden paradójicamente en la simpatía a Israel, por complejas razones; ello desde la izquierda, fiel a sus principios doctrinales, hasta la extrema derecha, con sus nostálgicos de «la Argelia francesa», pasando por el centro y el millón de repatriados. En el ámbito político sólo se registran dos excepciones: la clarísima del partido comunista y, con múltiples reservas, distingos y matices, la del U. N. R., mayoritario en la Cámara, lo que no equivale a ampliamente enraizado en el país.

Aunque tradicionalmente ajeno a la política, el Ejército, en general, se inclina a Israel, con el que tuvo estrechos contactos a través de los servicios secretos durante la guerra de Argelia, de la que Egipto era madre, según los militares. Prueba patente de una conjunción de afinidades políticas, simpatías y objetivos de estrategia indirecta, fue la expedición franco-británica de Suez en 1956, organizada de consuno con Tel-Aviv por el Gobierno del socialista Guy Mollet y su ministro de la Defensa, Bourghès-Maunoury. Todo sugiere que la hermandad de armas nacida de aquella alianza secreta ha dejado un remanente de compañerismo que no se limita al de dos altos jefes burocráticos. No aparecen unos barcos sin la ayuda por activa o por pasiva de efi-

caces colaboradores. Su existencia era conocida desde que se decretó el embargo, al extremo de que el general De Gaulle abordó la cuestión en Consejo de Ministros.

Como quiera que la política se asemeja a una carrera de obstáculos, hay que ponderar la habilidad y desenfado con que el Gobierno francés ha sorteado éste. No ha tropezado con la valla israelí y Tel-Aviv, que conserva las cañoneras, no ha protestado por la expulsión de su comisión de compra de armamento, teóricamente en paro forzoso. Tampoco ha rozado la valla árabe y, eventualmente, las armas suministradas al Iraq, embarcadas precisamente en Cherburgo, disiparían recelos. Sólo Argelia, más suspicaz o más escarmentada, se muestra descontenta. Pero el peligro de una arremetida israelí contra el sector sur del Líbano, secularmente protegido de Francia, se concreta por días. Es éste un obstáculo de tamaño en el camino que el Gobierno galo pretende seguir en el Oriente Medio, habida cuenta de las simpatías de que goza Israel en el pueblo francés, caso de querer respetar sus compromisos con el Líbano.

### FRANCIA, LIBIA Y EL CHAD

La puritana indignación suscitada en los países anglosajones por las negociaciones franco-libias para el suministro de 50 aviones «Mirage» y acaso de carros de combate «AMX» a Libia, no ha amilanado al Gobierno galo ni ofuscado generalmente los medios informativos. La tónica de sus comentarios ha sido que el pataleo refleja el despecho de competidores eliminados. Una razón objetiva respalda este desenfado: las negociaciones francesas con Trípoli se iniciaron en 1968, paralelamente con las de Gran Bretaña asimismo con Trípoli. Si éstas no desembocaron en un contrato, débese a la decisión unilateral del Comité Revolucionario libio y en modo alguno a escrúpulos británicos en cuanto al ulterior destino del armamento.

Pero además del aspecto comercial ventajoso de una operación que se cifra en unos 400 millones de dólares, hay que destacar los objetivos políticos y diplomáticos que Francia persigue. Frente a ellos carece de importancia un criterio que encubre con preocupaciones de ética rivalidades de influencia y mercados en el mundo árabe. El interés de Francia por este mundo, y singularmente por el Norte de Africa, es una de las constantes de su política exterior, ello con modalidades y nombres adecuados a las circunstancias. Que Francia trata de consolidar e incrementar su presencia y su acción en el Mediterráneo central y occidental lo dice a voces la atención dispensada por el Gobierno Chaban-Delmas a la normalización y mejora de las relaciones con Tunicia y Argelia y, recientemente, la reanudación de las relaciones diplomáticas con Marruecos, rotas desde 1966. En el caso de Libia, esta preocupación de buena amistad refleja además un propósito de acentuar la penetración política y económica en el Oriente Medio, aparte del interés por el petróleo y el mercado libios.

En efecto, aunque geográficamente enclavada en el Norte de Africa, Libia es país de enlace directo con un Oriente Medio donde Francia está ya presente económica y políticamente. Acentuar esa presencia sería un desquite del retroceso sufrido después de la expedición de Suez de 1956, del que los Estados

Unidos se esforzaron en sacar provecho. Sería también una victoria lograda pese a los largos y taimados intentos británicos para alejar a Francia de esas áreas. Tampoco cabe excluir la eventualidad de que la acción francesa en el mundo árabe pueda servir de contrapeso a la creciente presión soviética, lo cual beneficiaría a la postre a las potencias occidentales.

Finalmente, la amistad con Libia puede estabilizar la situación política del grupo francófono de los países del Africa subsahariana constituido por París. Porque en la República del Chad, importante factor geopolítico de esa permanencia de Francia en Africa negra, existe una guerra subversiva de la que se habla poco. Con todo, exige la presencia de tropas francesas a petición del presidente Tombalbaye. Tal subversión, con representación oficial en Trípoli, subsiste merced a la ayuda que recibe por la frontera del Chad con Libia. Tal vez París confíe en derrotar la guerrilla por la retaguardia, o sea, neutralizándola mediante su amistad con Libia, con lo cual desaparecería la amenaza que representan esos ejemplos subversivos.

Son, por tanto, muchas las razones que llevan a Francia a dar nuevo impulso a su vieja política árabe, lo cual es, en definitiva, continuidad. De ahí la valentía y decisión con la que la aplica, ateniéndose en lo diplomático y lo político a las seguridades entrañadas en el refrán árabe según el cual «el perra ladra; la caravana sigue su camino».

#### ANTE LA CONFERENCIA ARABE DE RABAT

Sin comentar ahora las conclusiones de la Conferencia árabe en la cumbre, que se celebró en Rabat el 20 de diciembre, cabe destacar la sensible diferencia de clima político y de circunstancias que se observan entre ésta y la Conferencia de Jartum, también en la cumbre, de julio de 1967. A raíz de la derrota, los árabes centraban sus esperanzas en una solución negociada del conflicto del Oriente Medio, o sea, la que el enviado de las Naciones Unidas, Gunnar Jarring, se ha afanado vanamente en hallar. Su fracaso ha contribuido a que los árabes opten decididamente por la dialéctica de las armas y hayan hecho suya la voluntad de lucha de una resistencia palestina que, entre las dos Conferencias, se ha organizado y unificado, logrando singular desarrollo y eficacia.

Como señaló el Comité de Defensa árabe reunido en El Cairo en el pasado noviembre, la Conferencia de Rabat tiene por objeto movilizar todos los recursos con vistas al combate, de acuerdo con los planes elaborados por los militares. Para dar nuevo impulso a ese combate no es preciso denunciar el alto el fuego ni declarar la guerra a Israel. Basta con proseguir la ya iniciada escalada. Es tanto más fácil hacerlo cuanto que la capacidad bélica árabe ha mejorado notablemente con relación a 1967, en particular la del ejército egipcio. Reorganizado, dotado de mandos jóvenes y adiestrados en la táctica de la guerrilla por instructores soviéticos, los comandos de este ejército han realizado diversos golpes de mano en la orilla oriental del Canal de Suez y en el puerto de Eilat, operando asimismo con éxito en las defensas interiores israelíes, lo cual pregona una cierta recuperación de una moral combativa y de una iniciativa que parecían detentar las organizaciones palestinas. A ello hay

que agregar el apoyo económico que la Libia surgida de la revolución del 1 de septiembre aporta a la lucha contra un Israel cuyas circunstancias actuales no son tan favorables como a raíz de la guerra de los Seis Días.

¿Era el firme propósito de los árabes que la Conferencia de Rabat fuese un consejo de guerra? Es aventurado afirmarlo. Durante el mes que ha mediado entre su convocatoria y su celebración pudo producirse un cambio radical de alguno de los factores del problema. Por ejemplo, el de los Estados Unidos y su conocida postura en el conflicto árabe-israelí. El mundo árabe sabe que es objeto de preocupación para los Estados Unidos el creciente lugar que, debido a las circunstancias, la U. R. S. S. ocupa en el Oriente Medio y en la cuenca mediterránea. De ahí que quizá no hayan descartado la eventualidad de que Washington, por motivos de estrategia local y global, diera un viraje aprovechando la moratoria. De hecho, aunque Washington no ha renunciado claramente a su papel de protector de Israel, activa una cautelosa maniobra de modificación de su política medio-oriental ya acometida con el mandato del presidente Nixon. Este es el hondo significado del discurso del 9 de diciembre, en que el secretario de Estado, Rogers, dio a conocer un plan de paz presentado por los Estados Unidos a la U. R. S. S., sin consultar previamente con Israel, por cierto. Pero a estas alturas parece utópico que los árabes se avengan a reconocer fronteras y dar garantías de paz si Israel devuelve los territorios ocupados, aunque posiblemente no lo hubiera sido en 1967, cuando el mundo árabe sufría el traumatismo de la derrota. El vencedor se negó a ser generoso en 1967 o, sencillamente, aplicar la resolución de las Naciones Unidas. Aquella oportunidad de paz ha quedado atrás en un camino largo y penoso que ha hecho a los árabes más duros, por más fuertes. Por tanto, ante la Conferencia de Rabat es muy remota una solución pacífica del conflicto latente en el Oriente Medio, por más que los Cuatro, reunidos o por separado, se afanen en dar con ella.

## LA SITUACION DE ISRAEL

En días que invitan a la Cristiandad a volverse hacia el punto ínfimo del Globo donde nació Cristo, se impone, incrementada, la pesadumbre del conflicto que perdura en esas tierras, en parte conquistadas con las armas, donde los israelíes bregan por mantenerse.

No es menguada la brega, por ser de toda índole los problemas planteados a Israel, si bien la primer ministro, Golda Meir, ha logrado finalmente constituir un Gobierno de unión nacional después de las elecciones. Ello ha permitido al ministro de Asuntos Exteriores, Aba Eban, salir rápidamente para los Estados Unidos a pedir socorro en dinero. Tal exige la difícil situación financiera de Israel, cuyo déficit presupuestario inicial para 1970 se cifra en 900 millones de dólares. El llamamiento va dirigido a la comunidad judía y no al Gobierno norteamericano, reacio a prestar su ayuda, como lo sugiere el no haber concedido todavía el crédito solicitado hace semanas por Tel-Aviv. No es desdeñable esta consecuencia de la política de neutralidad en el Oriente Medio propugnada por Nixon. Sus contornos, hasta ahora vagos, se van perfilando. De otra parte, como quiera que la situación militar impone a Israel la permanente movilización

ción de cuantiosos efectivos, su producción refleja una sensible disminución. El paulatino desarrollo de la capacidad bélica árabe, que multiplica las acciones de hostigamiento, no permite vislumbrar el momento en que Israel podrá volver a los niveles de producción anteriores a 1967, merced al empleo total de su mano de obra. De ahí que apele a la inmigración... A todo ello hay que añadir un terrorismo que inquieta y desmoraliza a la población civil. Se apoya, en parte, en los 320.000 árabes que en 1948 no abandonaron el territorio, y que jurídicamente son ciudadanos de Israel, así como en los desplazados de 1967, en su mayoría concentrados en Gaza, cuya cooperación con guerrilleros y terroristas se lleva a cabo mediante el silencio a la hora de informar a la Policía.

Estas dificultades tangibles se conjugan con una psicosis de pueblo sitiado, aumentada por la impresión de que el valedor norteamericano empieza a desentenderse de Israel. Sin que objetivamente pueda afirmarse tal, es innegable que Washington se percata del peligro entrañado en el mantenimiento por Tel-Aviv de la postura adoptada a raíz de la fulgurante victoria de 1967, en tanto que el contorno se modifica cada día más como consecuencia de la vinculación del mundo árabe a la Unión Soviética.

La cabeza de puente occidental que se soñó fuera Israel en el Oriente Medio ha dado pretexto a que Moscú convierta en vasta cabeza de puente soviética el mundo árabe y la cuenca del Mediterráneo y que, al socaire de la mini-guerra actual, consolide sus posiciones. No se le pasan por alto a los Estados Unidos los grandes perjuicios estratégicos, políticos y económicos derivados de este hecho. De ahí los esfuerzos en busca de una solución en el marco de las conversaciones de los Cuatro, mayores que los desplegados por los otros Tres participantes. Por tanto, es muy dudoso que el tiempo trabaje en favor de Israel. En efecto, el tiempo muestra que los intereses de todo orden de los Estados Unidos padecen una erosión debido a la dura negativa de Israel a avenirse a otra solución que la del diálogo con los árabes. Si los árabes la rechazaron airadamente en 1967, apenas derrotados, ¿cabe que la acepten cuando se están recuperando del golpe a ojos vistas, y la resistencia palestina es una operante realidad?

## CHINA, JAPON Y LOS ESTADOS UNIDOS EN LA ESCENA ASIÁTICA

Tres son los enemigos con que, a su juicio, China Popular tiene que vérselas: el imperialismo, el revisionismo y la reacción. Los dos primeros están ampliamente identificados. Se trata de los Estados Unidos y de la U. R. S. S. En el discurso que pronunció el 30 de noviembre, con motivo del XV aniversario de la independencia de Albania, Chou En-lai levantó el antifaz que encubría apenas el tercer enemigo: el Japón y su Gobierno reaccionario.

No es casual que la campaña antijaponesa se haya iniciado a raíz del regreso de los Estados Unidos del primer ministro, Eisaku Sato. En efecto, junto a la solución del problema de Okinawa, ha aparecido en filigrana la voluntad japonesa—o por lo menos del partido actualmente en el Poder—de renovar en 1971 el Tratado de Seguridad suscrito con los Estados Unidos, de capital importancia para los rumbos futuros del Japón y su papel en la estrategia mundial. De ahí que éste sea el tema más aireado de la campaña iniciada con

vistas a las elecciones del 27 de diciembre. En el contexto de tal campaña, Pekín toma posición ante una eventual victoria liberal y clama contra esa colusión nipo-norteamericana que es el supuesto proyecto de relevo de los Estados Unidos por el Japón en el papel de «gendarme» de Asia, así como contra el expansionismo de Tokio, cuyas ambiciones sobre Formosa denuncia airadamente.

La decisión norteamericana de salir con la mayor dignidad posible del asiático no es un secreto. Es parte del programa político de Nixon desde que inició su mandato. A finales de noviembre, el secretario de Estado, Rogers, volvió a recalcar esas intenciones, que, de llevarse a cabo sin haberse buscado una fórmula de recambio, dejarían desamparados a países con los que Washington ha suscrito Tratados defensivos: Corea del Sur, en 1953; China Nacionalista, en 1954, y Japón, en 1960.

En la actual situación de antagonismo entre China Popular y los Estados Unidos, sólo Japón está en condiciones de colmar la brecha que la retirada norteamericana abriría en el dispositivo defensivo del Pacífico y que afecta singularmente a la República Nacional de China, amenazada por China Popular, que ha aplazado, pero no renunciado, a la reincorporación de Formosa, que llama Taiwan. Que precisamente Japón pueda ser el nuevo protector de Taipeh es perspectiva irritante para Pekín, que denuncia a voz en cuello, sin parar en barras, el proyecto japonés de anexión de Formosa al socaire de una penetración económica, que ya ha iniciado.

Pero los gritos dirigidos a Tokio pueden oírse en Washington y compagiarse con los discretos guiños que le dirige, a fin de interferirse en el diálogo nipo-norteamericano preparatorio de la renovación del Tratado de Seguridad. Por su parte, tampoco Washington ceta su deseo de reanudar los contactos con Pekín. Las palabras intercambiadas durante una recepción en Varsovia por el embajador norteamericano, Walter J. Stoessel, y el embajador chino, Li Vang, es síntoma de que los solapados esfuerzos conjugados no son del todo baldíos. La reciente liberación de dos norteamericanos detenidos en Pekín puede interpretarse como un afelpado primer paso hacia Washington. Para los Estados Unidos es deseable cierto acercamiento a la huraña China Popular, por ser susceptible de restablecer en el Pacífico un equilibrio que tiende a romper el creciente poder económico del Japón y su eventual papel político, una vez que los Estados Unidos hayan abandonado el primer plano de la escena asiática.

## LAS REIVINDICACIONES TERRITORIALES JAPONESAS

Es tal el clamoreo que origina en el Japón la presencia norteamericana en la isla de Okinawa, que existe cierta tendencia a olvidar que no es éste el único territorio nipón donde está presente una potencia extranjera. Desde luego, al menos oficialmente, ni en la isla de Sajalín ni en el archipiélago de Kuriles, la U. R. S. S. ha establecido una base nuclear, como es el caso de Okinawa; extremo éste que eriza la sensibilidad del pueblo japonés, único en el mundo que ha sufrido los horrores del bombardeo atómico. Por ello, tanto como el patriotismo ha sido el temor el que ha dado pábulo a una oleada de manifestaciones y violencias para reclamar la retirada norteamericana de esa isla, lo cual redundará, de momento, en beneficio de la U. R. S. S.



El interés de Rusia por las múltiples islas que constituyen el Imperio nipón se remonta al siglo XVIII, época en que unos exploradores rusos arribaron a Sajalín y al archipiélago de Kuriles, sólo poblados por pescadores japoneses. El Tratado de amistad ruso-nipón de 1855, firmado en Shimoda, dio base jurídica a la presencia rusa en esas tierras amistosamente repartidas o compartidas: a Rusia le correspondió la parte septentrional del archipiélago de Kuriles y al Japón la meridional, en tanto que la isla de Sajalín quedó indivisa, compartiendo su soberanía las dos potencias. Pero haciendo caso omiso de lo estipulado en Shimoda, pocos años después Rusia ocupó la parte central de Sajalín, cuya posesión entera el Japón reconoció a Rusia en 1875, si bien recibiendo en contrapartida la parte septentrional de las Kuriles, que pasan a ser territorio nipón. La derrota rusa en la guerra con el Japón vuelven a poner sobre el tapete la cuestión de Sajalín que, por la paz de Portsmouth en 1905, queda dividida por el paralelo 50, entre Rusia y el Japón.

En la II Guerra Mundial, la U. R. S. S. sólo declaró la guerra al Japón pocos días antes de que este país capitulara. Con todo, le dio tiempo para expulsar a los japoneses de la parte de Sajalín que les pertenecía, con la particularidad de que esta ocupación de hecho, tenía un respaldo de derecho. En efecto, en la Conferencia de Yalta de febrero de 1945, la U. R. S. S. consiguió que los aliados le entregaran de antemano la totalidad de Sajalín y de las Kuriles, acuerdos previos ratificados en Postdam, donde se estipuló que la soberanía del Japón se limitaría a las grandes islas de Hondo, Yeso, Kiuskiu, Shikok y más alguna que otra pequeña isla. Al firmarse el 15 de agosto de 1945 la capitulación del Japón a bordo del «Missouri», los Estados Unidos le obligaron a aceptar todo lo acordado unos días antes en Potsdam. Rematando la preocupación norteamericana por cumplir con la U. R. S. S., el Tratado de paz nipo-norteamericano de 1951 recoge la renuncia japonesa a «todo derecho, título y reivindicación sobre Kuriles y Sajalín», donde ahora están asentados los soviéticos con todos los pronunciamientos favorables.

Ante la bien organizada y tenaz agitación popular clamando por la retirada norteamericana de Okinawa—actualmente sólo lograda en parte—, cabe preguntarse si el leal comportamiento de Washington con un aliado y luego ex-aliado merece los plácemes en el plano de la política internacional. Bien es verdad, si puede servir de consuelo, que no hay que descartar totalmente la eventualidad de que algún día el enfurecido y agitado pueblo nipón, que antes de la guerra era el más disciplinado y comedido de Asia, se revuelva clamando por las Kuriles y Sajalín, jaleado por Pekín.

LIUDPRANDO

